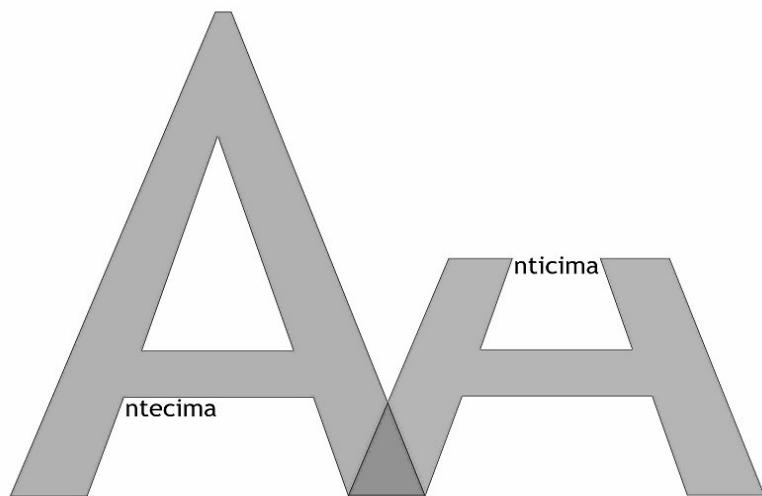


Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional.



LAS MIL Y UNA MESETAS

Olga Blázquez Sánchez

INTRODUCCIÓN

Oigo voces: llegan fragmentadas y se dispersan por la extensión de este mundo que se despliega como un mapa.

Un mundo que está ahí, al alcance de la mano, y cuyo fruto es arrastrado hacia el instrumento: todo debe servir para algo, como si una manzana fuera el instrumento para ejercitar el pecado.

Qué asco.

Un mundo del que extraer jugo y tiempo, ocio y placer...

PERSONAJES

(por orden alfabético)

ALBA

Soy ingeniera. Bueno, ando terminando el dichoso máster ahora... Vivo en Madrid, cosa que me encanta porque sé que puedo pasar desapercibida entre tanta gente. Aunque es verdad que, a veces, la ciudad me harta. ¡Tanta velocidad y tanta actividad desenfrenada! Menos mal que salgo de vez en cuando al campo... En mi casa somos cuatro: mi abuela, mi madre, mi perro y yo. No tengo prisa por independizarme. Creo que nos cuidamos y nos organizamos muy bien en casa. No hay por qué sentir vergüenza de vivir con los padres. Joder, es que parece que hay que seguir una serie de pasos obligatoriamente para tener una vida digna: ir al cole, al insti, a la universidad, encontrar pareja, trabajo, independizarte, etc. ¡Habrá otras formas posibles! ¿No? Vamos, digo yo. Pareja, lo que se dice pareja, no sé si tengo. He empezado una historia con una amiga. Mi madre lo sabe; mi abuela, no. También me gustan los tíos, pero ahora ando muy lesbiana yo. No sé.

ASUNCIÓN

Hola, hija. ¿Hablo ya? Ah, vale. Nací en 1929, que se dice pronto. Así que con la guerra tenía yo solamente siete añitos. Vivíamos en Madrid mi tío, mi tía y yo. Aunque yo soy de un pueblito de Asturias... Pero, vamos, que criarme, me crié en Madrid. Mi madre murió pronto, así que me cuidaron ellos. Durante la guerra, cuando mi tío oía un avión que volaba sobre la ciudad, se iba a esconder a toda prisa en el piso de abajo de la tienda que teníamos. Y nosotras le decíamos *que no, tío, que este avión es de los nuestros*, y él contestaba *¿nuestros? yo no he comprao' ninguno*, y seguía escondido hasta que dejaba de oírse el ruido. ¡Qué hambre pasamos! Después de la guerra estudié Maternidad y Puericultura, y al final fui ATS: ¡Ayudante Técnico Sanitario! Aunque en realidad me dediqué a dar masajes a señoronas ricachonas en sus casas. A veces me regalaban cosas de marca que ellas no querían. Que si un vestido, que si un perfume... Mi marido nos abandonó a mi hija, Marta, que aún la llevaba yo en la barriga, y a mí. Se fue pa' Venezuela.

ESTHER

Yo no sé cómo contestar a estas cosas, ¿eh? A ver si lo hago bien. Pues me llamo Esther y soy artista. A ver: artista, artista, no. Buah, ya me estoy liando. La cosa es que no me mola el postureo del artista, así que no sé si soy artista o no. Sobrevivo en un piso compartido en Madrid. Mis m/padres no quieren saber nada de mí... Ni yo de ellxs, ¿eh? Cuando les conté que me gustaban las tías por poco me matan o algo. No me dio ni tiempo a explicarles eso de ser cuir –queer– y lo del

género fluido y que estoy pensando si quiero que me traten con el género lingüístico -e –aunque aún no lo tengo claro– y que soy anarquista relacional y toda la movida. Habría sido demasiado para ellxs. Con el tema del alpinismo también flipaban. Por eso me divorcié de mis m/padres. Me siento tan animal a veces... Odio Madrid. Me echaría al monte ahora mismo a correr, a caminar, a escalar. Y a ver la luna. Pero esta ciudad es en la que puedo vender mis trabajos, y exponer a veces... En fin... ¿Está bien así? ¿O digo más cosas?

MARÍA

Nací en Cochabamba, en Bolivia. Pero cuando tenía diez años, mi madre y yo nos vinimos a Madrid. Ahora tengo dieciocho... ¡Ay, calla, mamá! Que no va a pasar nada por contar nuestra historia... Esta es mi madre, Silvia... Usted puede contar nuestra historia en el libro sin escribir nuestros nombres reales, ¿no? Es por si acaso. ¿Ves, mamá? Que sí que puede... Bueno, pues no, que no puedo hablar. Es que ella tiene miedo de que la devuelvan para Bolivia...

MARTA

Hola. Me llamo Marta y tengo cincuenta y dos años. Trabajo en una organización que se encarga de temas sociales, así en general: temas de género y prevención de violencias, temas de educación e infancia. Hay diferentes áreas de acción. En casa, estoy a cargo de mi madre, Asunción, y mi hija, Alba, aunque ella ya es mayorcita... Y el sueldo a veces no nos da para mucho. Bueno, ni el sueldo ni el tiempo, que ya no doy abasto con ninguna de las dos cosas... No es que pasemos penurias, pero hay que hacer malabares para gestionar bien el dinero y las horas del día.

MONTE

(Mueve enérgicamente el rabito y jadea).

SILVIA

(Silencio).

PAISAJE #1

Silvia va a casa de doña Asunción

Villaverde Bajo – Cruce

Ciudad de los Ángeles

San Fermín – Orcasur

Hospital 12 de Octubre

Almendrales

Legazpi

Delicias

Palos de la Frontera

Embajadores

Lavapiés

Sol

Callao

TRASBORDO

Gran Vía

Chueca

Los rayos de sol matutinos se colaban por los agujeros de la persiana medio bajada, y, de este modo, la luz dibujaba líneas discontinuas y anaranjadas sobre la pared de enfrente. A través de la ventana, abierta a los últimos ramalazos de un verano ya marchito, también se filtraban los sonidos cotidianos del patio interior del edificio: una radio retransmitiendo el avance informativo, unas manos diestras fregando los cacharros del desayuno, el llanto infantil de quien se resiste a ir al colegio... Asunción miraba hacia el techo con desgana. El reloj de la mesilla marcaba las ocho y media y, por el ajetreo que le llegaba a los oídos, dedujo que debía de ser un día laborable, pero, ¿cuál? ¿Lunes, quizás? ¿O martes?

—¡Marta! —gritó.

Pero no hubo respuesta.

Lanzó un suspiro y se arrebujo un poco más en las sábanas para intentar volver a conciliar el sueño. La duermevela desvaneció su conciencia durante otra media hora más, hasta que el ruido de una llave girando dentro de la cerradura de la puerta de la calle hizo que el perro se pusiera a ladrar. Asunción pego un respingo y volvió a posar la mirada sobre el techo.

—Hola, doña Asunción, ya es hora de levantarse. Ahorita le traigo la bata a usted.

Asunción se incorporó lentamente y se sentó en la linde de la cama, con el camisón arrugado y el pelo encrespado. Se puso las zapatillas y esperó a que Silvia le trajera la bata azul.

—Venga, Asunción, vamos al salón. ¿Dónde tiene el bastón..? ¡Nada! Ya lo encontré. Agarre... ¿Puede levantarse?

Las dos mujeres avanzaron lentamente a través del pasillo, hasta alcanzar la puerta por la que se entraba a la sala de estar. El tactac del reloj rebotaba en las paredes. Asunción se dejó caer sobre uno de los sillones y comenzó a buscar a tientas el mando de la televisión que reposaba sobre la mesa de cristal. Lo encontró, se lo acercó mucho a los ojos hasta localizar el botón rojo de encendido y lo presionó con el índice mientras apuntaba intensamente hacia la televisión. La voz de la presentadora de un programa de tertulia matutina invadió la atmósfera. Silvia se dirigió a la cocina para preparar el desayuno.

A los quince minutos, regresó con un par de tostadas, mermelada, un café con leche y un zumo de naranja que viajaban sobre una mesa con ruedas parecida a la de los hospitales. Acercó el desayuno al sillón en el que estaba sentada la anciana y esperó a su lado hasta que esta, después de apenas haber echado un par de tragos al zumo y de haberle dado tres mordiscos a una tostada, se hartó de mirar la bandeja aún repleta de alimentos. Asunción nunca había tenido buen apetito.

—Muy rico, hija. Muchas gracias.

Silvia retiró el desayuno, se comió las sobras en la cocina y volvió al salón.

—Voy a comprar el pan, mientras usted... —informó, pero Asunción no escuchaba. El volumen de la televisión estaba demasiado alto. Así que Silvia simplemente atravesó la puerta de la calle y llamó al ascensor.

Asunción volvió a quedarse adormilada y, de nuevo, le despertaron los ladridos de Monte —el perro— al escuchar el sonido de la cerradura.

—Ya regresé.

—¿Dónde estabas?

—Bajé a comprar el pan, como le dije.

—A mí no me has dicho nada, ¿eh? Que ya me queréis hacer pensar que estoy tonta... Y tonta, no estoy...

Silvia no entró al trapo. Esperó a que Asunción terminara con su retahíla y eligió paciente y estratégicamente el momento para volver a intervenir:

—Le ha llegado una postal.

—¿Una postal? —Silvia bajó el volumen de la tele.

—Sí, una postal de su hija y de su nieta. ¿Quiere verla?

—Sí, anda. Déjamela. Pero tráeme las gafas, hija, que no veo tres en un burro —Silvia le acercó las gafas de pasta de color miel, como hechas de ámbar.

La postal mostraba, por el lado de la fotografía, una imagen de una duna enorme y cálida y, escrito sobre ella, en rojo, se leía: SAHARA; así, en mayúsculas —y sin tilde—. Asunción le dio la vuelta a la postal y reconoció la letra de su nieta, Alba: *Hola, abuela. ¿Qué tal? Nosotras estamos viendo la puesta de sol en medio del desierto, en Tifa...* —a Asunción le costó reconocer aquella palabra, que no había leído en la vida—, *Tifari... —¡Tifariti!— Me acuerdo de ti. No tengo espacio para escribir muchas cosas, pero ya te las contaré cuando volvamos. Te queremos, Marta y Alba.*

—¿Qué es Tifa... —volvió a posar la mirada sobre la dichosa palabra con el ceño fruncido,—...riti?

Silvia cogió su teléfono móvil, tecleó el topónimo en un buscador, y le fue leyendo en voz alta a Asunción la información que iba encontrando.

—Pero el desierto ese está muy lejos, ¿no?

—Sí, Asunción, está lejos.

—¿Tú de dónde eras, hija, que no me acuerdo?

—Cochabamba —silencio—, en Bolivia —añadió al darse cuenta de que Asunción no sabía dónde se encontraba aquella región.

–¿Y el Sáhara está más lejos que Bolivia?

–Yo creo que no...

–Yo una vez estuve en Venezuela... Veintidós horas en avión, ¡y embarazada! Total, para que, al llegar allí, me dijera el sinvergüenza de mi marido que me volviera a España, que como mujer había dejado de interesarle. Me lo dijo con esas mismas palabras, ¿eh? Que como mujer había dejado de interesarle... ¡Anda ya y que se vaya a paseo! ¿Has estado en Venezuela tú?

–No, doña Asunción. He estado en Bolivia y en España no más –ya era por lo menos la quinta vez que Asunción le contaba aquella historia.

–En Caracas hace un calor...

–Mire, voy a empezar a preparar la comida.

–Ay, hija, te estaba contando una cosa...

–Bueno... –Silvia volvió a sentarse y a hacer como que escuchaba mientras jugueteaba con el teléfono móvil.

Afortunadamente para ella, la historia se vio interrumpida por la súbita entrada en escena de Esther, una amiga de la nieta de Asunción que se encargaba de sacar a Monte a pasear durante la ausencia de Alba y Marta.

–Perdonad, que he llegado tarde –jadeó mientras cogía la correa y volvía atravesar el marco de la puerta a toda prisa con el perro dando piruetas a su alrededor.

Silvia aprovechó aquel momento de confusión para levantarse y evitar que Asunción retomara el hilo de su historia. Se encaminó hacia la cocina y a los diez minutos, la casa se vio envuelta en una maraña de sabrosos olores.

Buah, Alba, he llegado mazo de tarde a tu casa.

Sorry!!!! Pero ya estoy con Monte dando una vuelta
por el barrio XDDD 11:05

Hola!!!!!! Qué tal???? No pasa nada, no te rayes, tía 11:06

Eh! Qué rápido has contestado... 11:07

Es que estoy ahora en un hotel. Estamos ya
en Argel y hay wifi, yuju!!!! Civilización!!!! 11:10

Civilización? Blanca colonialista!

A qué hora volvéis el viernes? 11:12

Jajajajajaja 11:30

Según la info de los billetes, llegamos a Madrid a las
once y veinte de la mañana 11:31

Guay, supongo que os iré a buscar =) 11:34

Si tienes cosas que hacer, no te agobies, eh? 11:35

Qué va... Si para el viernes ya abré entregado el proyecto. 11:36

*habré, perdón... 11:36

Genial! 11:37

Bueno, voy a subir a Monte a tu casa 11:40

Vale, ten buen día! 11:40

Te quiero 11:41

<3 11:43

Silvia llegó a casa pasadas las ocho de la tarde. El trayecto en metro desde el barrio de doña Asunción había durado más de lo normal debido a una avería y su consecuente demora. Pero, por fin estaba en el hogar. Atravesó el pasillo, saludó a Juan –un amigo de una amiga que había empezado a vivir en la casa hacía escasamente un mes–, y entró en su cuartito. Lanzó el bolso sobre la cama de la derecha, la suya, la que estaba al lado del radiador –en la de la izquierda, dormía su hija, María–, y se puso ropa más cómoda.

La habitación estaba hecha un desastre.

–Tengo que limpiar –se dijo.

Pero tenía tanta hambre...

Entró en la cocina y abrió la nevera. El estante que le correspondía estaba casi vacío. Dos plátanos constituían el manjar más exótico, y casi el único manjar a la vista, dicho sea de paso. Los cogió. Al principio, pensó en separarlos y devolver uno al estante hueco de la nevera. Pero, tras sopesarlo durante un instante, pensó que sería mejor reponer fuerzas y se llevó los dos a la habitación.

–Dos bananas para la cena: una, de plato principal; y la otra, de postre.

Se comió los plátanos tumbada sobre las sábanas aún desbarajustadas. Dejó las cáscaras sobre la mesilla de madera que había entre las dos camas y se quedó traspuesta durante un instante. La imagen de su hija María de pequeñita y con dos trenzas oscuras correteando por el patio de la casa de Bolivia se le dibujó en la imaginación. Abrió los ojos, siendo consciente de que no se podía dejar llevar por el sueño ahora: había que ordenar un poco la habitación.

–¿Dónde estará María?

Llevó las cáscaras de plátano a la cocina, las tiró en el cubo de la basura y cogió la escoba. Regresó a la habitación y comenzó a barrer debajo de las camas, en las esquinas, detrás de la puerta. Colocó la ropa que aún estaba limpia, y que solo se había puesto una vez, dentro del armario. Abrió la ventana para ventilar un poco. Ordenó los libros de María. Realizó las mismas acciones que ya había ejecutado horas antes en casa de Asunción: barrer, limpiar, recoger.

–Pero, ahora, sin cobrar la plata –pensó mientras se sacaba los sesenta euros que se había ganado por casi diez horas de trabajo ininterrumpido.

Cuando la habitación quedó más o menos de su gusto, devolvió la escoba a su lugar de origen, se lavó los dientes y se metió en la cama. Juan aún seguía en el salón haciendo no se sabe qué. Las otras dos mujeres con las que compartía la casa aún no habían vuelto. Igual que María, que no daba señales de vida. La llamó por teléfono.

—Ay, ya apagó el celular... —suspiró.

Cogió su propio teléfono móvil y consultó su cuenta de Tinder. Tenía dos mensajes nuevos de Óscar, ese mulato puertorriqueño tan guapo que vivía a solo un par de cuadras de allí. Contestó y volvió a dejar el teléfono sobre la mesilla. Miró el reloj. Eran las once y media pasadas. Cerró los ojos.

Al abrirlos, ya era de día. Fue una de aquellas veces en las que el tiempo pasa rápidamente y el sueño es como un pestañeo seguido de un relámpago cegador de luz. Miró hacia la otra cama y vio a María, que todavía dormía recostada sobre su lado derecho. Aún quedaban tres minutos para que sonara el despertador y decidió disfrutar de ellos mientras miraba el cielo a través del cristal de la ventana. Sin embargo, no pudo resistirse a consultar el móvil.

Ningún mensaje nuevo de Óscar.

Pi-pi-pi-piiiiiiii, pi-pi-pi-piiiiiiii.

Silvia apagó el despertador y María empezó a desperezarse a regañadientes.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, ¿regresaste bien ayer?

—Sí. Era el cumpleaños de una amiga... —mintió.

Silvia esbozó una sonrisa y se levantó de la cama. Cogió ropa limpia y salió de la habitación con rumbo a la ducha. La casa estaba en silencio. Le encantaba ese momento del día en el que el espacio estaba tranquilo y disponible, sin gente por en medio zascandileando. Era uno de sus pequeños placeres.

Esther se pegó el madrugón del siglo aquel viernes. Aún reinaba la oscuridad y las calles estaban mojadas. Había llovido durante la noche. Se asomó al balcón con la taza de café en la mano. Algunos borrachos volvían a sus casas tras la parranda del jueves. Seguía sin entender por qué se había hecho tan popular eso de la juerga y el jolgorio entre semana.

—¿Cómo logran levantarse al día siguiente? —se preguntó— ¿Y por qué me he levantado yo tan pronto, si no hace falta? Si el avión llega al aeropuerto a las once y pico... Y son... ¡Las cinco y media!

Pero tenía que pasar antes por casa de su amiga para darle una vuelta a Monte.

El apartamento estaba en penumbra cuando llegó. La respiración de Asunción poblaba el espacio. Monte ladró una vez y Esther tuvo que chistarle con fuerza para que se callara. El paseo fue breve. Monte hizo sus necesidades y volvieron a subir. Asunción seguía durmiendo. Esther no hizo ruido al salir.

Llegó a la plaza de Cibeles a las siete de la mañana, y esperó en la parada del autobús. Un montón de gente con maletas se amontonaba alrededor del pequeño banco ubicado debajo de la marquesina. Aún chispeaba un poco, aunque las nubes iban dejando algún que otro hueco aquí y allá a través de los cuales se veía cómo titilaban las últimas estrellas de la madrugada, solo las más potentes: las que podían hacer frente a la contaminación lumínica de aquella enorme ciudad y al amanecer cada vez más deslumbrante. ¿Dónde estaría ahora Alba? ¿Sobre qué lugar estaría volando mientras ella esperaba allí, en medio de Madrid?

El autobús con destino al aeropuerto apareció a eso de las siete y media. Esther encontró sitio al final del pasillo. Las puertas se cerraron tras el enorme grupo de turistas policromados y ejecutivos de riguroso traje oscuro, y el trayecto comenzó.

La Terminal 4 aún estaba un poco vacía y como sin vida. Esther se acercó a una de las pantallas en las que aparece la información de los vuelos. El avión desde Argel seguía el horario previsto. No había sufrido ningún retraso. Aún le quedaban tres horas de espera. Decidió ir a alguna cafetería a desayunar por segunda vez.

¡El precio de las magdalenas estaba por las nubes! Lógico, tratándose de un aeropuerto: que las cosas estuvieran por las nubes...

—Joder... —se avergonzó de su propia broma estúpida.

—¿Quiere algo señorita? —la voz la pilló desprevenida.

—Eh...Sí, sí: dos magdalenas... Bueno, o muffins... Dos de eso —terminó señalando los bollos con el

índice de su mano derecha— y un café solo, por favor.

—Muy bien... Nueve euros y cuarenta céntimos, por favor.

—Jo-der... —el camarero chasqueó la lengua con impaciencia mientras ponía los ojos en blanco y extendía la mano hacia Esther para coger el dinero. El balanceo de su cuerpo indicaba que también estaba dando golpecitos con el pie sobre el suelo, cada vez más irritado, aunque la barra impedía verlo. Esther tardó un buen rato en hacer acopio de monedas. No pensaba que fuera a ser tan caro... Y ya le daba corte retractarse de lo solicitado. Estuvo a punto de devolver una magdalena, pero... Siguió buscando en todos los bolsillos de los que disponía: los de la riñonera, los de los vaqueros, los de la camisa. El camarero la miraba inquisitorialmente.

—Tome —dijo Esther con una sonrisa artificial en los labios mientras sostenía en los dos puños un amasijo de chatarra y se lo ponía torpemente al camarero sobre la palma de la mano. Una moneda de cinco céntimos salió rodando y el camarero desapareció detrás de la barra para recogerla. Esther, con la cara roja como un tomate, aprovechó la oportunidad para huir con el café y las magdalenas y elegir una mesa donde re-desayunar.

Se dio su tiempo. Comió muy despacio. Leyó varios capítulos del libro que se traía entre manos. Mandó tres correos a través del móvil. Pero, aún así, para cuando acabó, seguían quedando cincuenta minutos de espera. Abandonó la mesa de la cafetería y se acercó a la puerta desde la que saldrían Alba y su madre. Periódicamente, la puerta se abría y una riada de gente se escurría hacia afuera. Miraban el espacio como desorientados durante un instante que podía durar desde unos pocos segundos a varios minutos, y retomaban la iniciativa cuando se topaban con la mirada de sus familiares o colegas. O, simplemente, cuando encontraban el cartel con su nombre escrito y sostenido por algún tipo de alguna agencia de viajes. Esther permaneció cerca de media hora observando aquel ritual hipnótico, y cuando se aburrió, volvió a mirar la pantalla de información y horarios. No había ningún cambio, todo seguía normal. Leyó la lista completa de aviones y los destinos de los que procedían, y fantaseó con la posibilidad de estar en uno de esos vuelos: Praga, Tokio, Sidney...

Argel.

Argel.

Argel.

Todavía faltaban veinte minutos.

Se sentó en el suelo.

Pensó en lo que tendría que hacer al día siguiente: poner la lavadora, llamar a su madre, terminar de rematar aquel cuadro al óleo... Levantó la mirada de nuevo hacia la pantalla. ¡Ya habían aterrizado! El corazón le dio un vuelco y se levantó de golpe. Corrió para ponerse en primera fila,

justo detrás de la barandilla que hay en frente de la puerta.

Resulta insufrible la cantidad de tiempo que transcurre desde que un avión aterriza hasta que las personas aparecen...

Cinco minutos.

Quince minutos.

Veintitrés.

—¡Alba!

—¡Esther!

Las dos jóvenes corrieron a su mutuo encuentro. Esther se lanzó sobre Alba para besarla y esta le hizo una finta y regateó la embestida.

—No. Delante de mi madre, no —susurró a gritos.

PAISAJE #2

Zapping de Asunción

Telecinco

La Sexta

Telemadrid

La 1

13TV

Marta estaba agotada. ¿Cuántas horas había durado aquel viaje?

—Infinitas...

Le dio dos besos a Esther con desgana y un gesto de cariño forzado, y caminó detrás de las dos jóvenes, su hija y la amiga, hasta la parada de autobús de la Terminal 4 del aeropuerto.

—Ay, ¡qué agobio, por Dios! ¿Cuánto falta?

—La parada está aquí mismo. He llegado muy pronto, así que he tenido la suerte de poder investigar todos los espacios del aeropuerto —sonrió Esther complacientemente.

El autobús llegó al instante.

Marta amontonó los bultos adaptándolos a un rincón del autobús y se hizo con uno de los pocos asientos que quedaban libres.

—¿Os importa que me siente yo? —preguntó cuando ya estaba totalmente acomodada.

Esther miró a Alba..

—Claro que no... —afirmó.

El autobús se puso en marcha.

Acostumbrarse de nuevo al paisaje madrileño no le costó demasiado a Marta. El retorno a la cotidianidad fue brusco y acelerado. Sin quererlo ni buscarlo, ya tenía la cabeza llena de todas las obligaciones que debía gestionar a lo largo de lo que quedaba de mes. Era una lista interminable que verbalizaba mentalmente a modo de rezos. La verborrea mental nunca terminaba, era un ciclo sin fin de quehaceres. Cuando parecía que iba a concluir, volvía a empezar por el principio. Marta comenzó a sentir presión en el pecho.

—¡Menuda ansiedad! —se dijo— Y mi madre...

Asunción ocupaba el ochenta por ciento de sus pensamientos. Mientras había estado en el desierto, cierta serenidad se había adueñado de ella. Con aquella línea nítida del horizonte a través de la cual se perdía la mirada era imposible no desconectar.

Pero aquello había terminado.

C'est fini.

Caput.

Miró por la ventana y se frotó el entrecejo, como para quitarse la mala onda de en medio. Pero nada.

El autobús llegó a Cibeles y la gente desembarcó del vehículo con entusiasmo. Marta se arrastraba:

las ojeras se le marcaban, profundas, en la cara. Esther la ayudó a bajar la inmensa mochila. Subieron la calle de Alcalá y tomaron la Gran Vía. Torcieron a la derecha y entraron de lleno en el barrio de Chueca. Cada vez que se acercaban más a casa, la angustia crecía en el interior de Marta.

No quería volver. No quería regresar a ese mundo. A ese maldito mundo.

Metió la llave en la cerradura de la puerta del portal y tardó un par de segundos en decidirse por girarla.

—¿Y si no vuelvo? ¿Y si me fugo?

Abrió la puerta. Las tres mujeres entraron en el edificio. Llamaron al ascensor y subieron hasta el tercer piso. Marta volvió a coger las llaves y abrió la puerta de su apartamento.

El ladrido de Monte le provocó una sonrisa.

¡Habían llegado!

Monte no podía dejar de mover el rabo y brincar a dos patas lanzando lametazos a diestro y siniestro.

La alegría le inundaba todo el cuerpo.

Cogió la pelota de goma y la soltó a los pies de Alba.

—¡Guau! —ladró como para llamar la atención de la muchacha.

Se tumbó en el suelo boca arriba, se volvió a levantar.

Jadeaba.

Era feliz.

Alba y Esther dejaron los bultos en medio del salón, saludaron a toda prisa a Asunción y a Silvia y cogieron la correa de Monte para bajar a dar una vuelta, contaminadas, como estaban, por la euforia del perro.

—Pero, Alba... que no me has dado ni un abrazo —se quejó la abuela, pero las dos amigas ya corrían por las escaleras del edificio. No se habían tomado ni siquiera la molestia de llamar al ascensor. No había tiempo para eso.

Corrieron desesperadamente hasta la Gran Vía y bajaron a toda velocidad de nuevo hasta Cibeles. Subieron la cuesta que lleva hasta la Puerta de Alcalá y entraron en el Retiro echando el bofe. Monte estaba en éxtasis. Alba y Esther, exhaustas.

Pasaron la mañana de aquel viernes deambulando entre los árboles del parque, que ya anunciaban el otoño con el ocre de sus hojas. Hablaron de muchas de las cosas que no habían podido contarse durante las cuatro semanas de mutua lejanía y saldaron las deudas de caricias.

—¿Por qué me apartaste cuando te fui a dar un beso en el aeropuerto? —quiso saber Esther con curiosidad y una pizca de rencor.

—Pues... Porque, aunque mi madre sabe que me gustan las tías, creo que no le mola mucho eso de que exprese mis afectos contigo delante de ella.

—Pero, ¿eso lo habéis hablado?

—No, pero me da la sensación de que...

—Joder, tía... ¡Una sensación! ¿Por qué no lo habláis en serio?

—Bueno, Esther, es que yo no me siento cómoda hablando de esto con mi madre. No porque tema que me diga algo que me haga enfadar, sino porque no me gusta hablar de mi intimidad con nadie y ya está. Si fueras un tío, tampoco me sentiría cómoda morreándote delante de mi madre. Es solo eso. Que soy un poco pudorosa...

—Bueno... si es eso, vale. Pero que no sea porque tu madre es lesbófoba. Que eso se puede arreglar hablando... Hablando mucho, eso sí.

—No, no es eso. Es simplemente que no compartimos mucho nuestras vidas privadas la una con la otra.

—Okey, entendido. Pero aquí si te puedo dar un beso, ¿no?

—Sí... —fue un beso corto y efímero seguido de un arrebato de euforia por parte de Alba— Por cierto, te he traído esto —sacó una caja de cartón de su mochila y se la entregó a Esther—: son las cartas que te escribí desde los campos de refugiados de Tinduf. No sabía muy bien desde dónde mandarlas y,

además, pensé que tardarían demasiado en llegar, si es que lograban llegar. Así que decidí ir las guardando en esta caja y dártelas todas al regresar. Así las puedes leer del tirón y hacer tú misma el viaje, aunque sea en diferido.

Esther cogió la caja y la abrió. Estaba llena de folios garabateados, dibujos, y objetos diversos. Miró a Alba y sonrió.

—Gracias. Esta misma tarde las leo.

—Genial. Yo tengo que volver ya a casa, que tengo que mimar a mi abuela un poco.

Las dos jóvenes se dieron un abrazo y cada una prosiguió en una dirección diferente.

Monte no entendía por qué había que abandonar el parque ya.

Asunción miraba las fotografías que su hija le mostraba en el ordenador con la punta de la nariz rozando sobre la superficie luminosa de la pantalla.

—Mira, aquí estamos en la escuela... Los niños y niñas eran encantadoras. Alba se pegó un tropezón con uno de sus juguetes y casi se cae, la pobre...

—¿Y ese sitio no es muy peligroso?

—Bueno, casi igual de peligroso que estar tan pegada al ordenador como tú lo estás ahora mismo. Aléjate un poquito, mamá, que te vas a quedar más ciega de lo que estás.

—Ay, hija, tienes razón.

—Silvia... —Marta cambió de tercio aprovechando que la *chacha*... No, no está bien decir la *chacha*: la asistenta... No, *asistenta* tampoco: la mujer-que-ayudaba-con-la-limpieza-de-la-casa pasaba por el salón— Tenemos que hablar.

Hija, voy para casa ya. Doña Marta me dijo que
me fuera antes 13:30

¿Y eso? ¿Te ha despedido? 14:45

Ya llegué a casa 14:50

No, no me despidió. Pero ahora tengo que ir
menos horas 14:51

¿Por qué? 15:02

Porque ya regresaron del sitio ese y doña
Marta no necesita que vaya tantas horas 15:03
Doña Asunción ya no está todo el día sola 15:03

Deja de decir “doña”... 16:10

Bueno... ¿cuándo regresas? 17:30

PAISAJE #3

Lista de la compra de Marta

Un bote de colacao

Dos cajas de oreos

Un pack de danoninos

Una botella de fanta

Una bolsa de cheetos

Un tubo de colgate

Una caja de botellines de mahou

Una caja de valium

Esther entró en su habitación, se sentó en la cama, y abrió la caja de cartón que le había dado Alba...

Un folleto del Museo de
la Resistencia

Un trocito de tela
de colores

Una foto tipo selfie de Alba y Marta, ambas con
turbante y gafas de sol, frente al Muro de la Vergüenza

Una piedrecita

Le etiqueta en árabe de una
Coca-cola

Una carta: “Querida Esther,

Hay muchas cosas que te quiero contar. Cosas que tienen que ver con el cuerpo y el espacio. Con cómo se encuentra mi cuerpo en este espacio. Sé que te gustan esos temas tan contemporáneos, así que he intentado canalizar mi experiencia a través de tus ojos. Lo que tú verías: el calor sofocante que me hace sudar constantemente, la importancia del suelo (siempre nos sentamos en el suelo), la comida... Por cierto, la comida me la esperaba mucho más exótica. Solo hemos comido cuscús una vez. El resto de las veces, cosas normales: pasta, arroz...”

En el fondo de la caja aún quedaban cinco cartas... pero Esther no tuvo ganas de seguir leyendo. La palabra *exótica* le martilleaba el cerebro:

la comida me la esperaba mucho más exótica
mucho más exótica
más exótica
exótica...

PAISAJE #4

Alba manda su CV

a Airbus

a INDRA

PAISAJE #5

Lista de la compra de Marta

Un paquete de ducados

Una caja de valium

PAISAJE #6

Silvia va a casa de doña Genoveva

Villaverde Bajo – Cruce

Ciudad de los Ángeles

San Fermín – Orcasur

Hospital 12 de Octubre

Almendrales

Legazpi

TRASBORDO

Arganzuela-Planetario

Méndez Álvaro

Pacífico

Conde de Casal

Sainz de Baranda

PAISAJE #7

Zapping de Asunción

La Sexta

La 1

La 2

Cuatro

La 1

Cuatro

La 2

La 1

La 2

A Esther se le había quedado muy mal sabor de boca al observar el contenido de la caja de Alba. Sobre todo al ver aquel selfie frente al muro y leer aquella carta *exótica*...

—¡Pues no va y dice que se esperaba la comida más exótica! Eso: y un montón de gente bailando la danza del vientre las veinticuatro horas del día, y una cachimba siempre dispuesta a ser fumada, y... Vamos... Que la tía iba al país de Aladín. ¡Menudo orientalismo!

Se acordó, de repente, de un vídeo que había visto no hacía mucho circulando por las redes. En él, una mujer inglesa corría junto a su hijo por un estrecho sendero en medio de la montaña nepalí, donde estaban haciendo el trekking del Annapurna¹. Ambos huían de una paisana que les pisaba los talones y les amenazaba con un par de palos de madera, uno en cada mano. La historia oficial relataba que la mujer inglesa se había quejado de lo caro que era el té que la mujer nepali ofrecía a excursionistas. La queja, por lo visto, había suscitado la ira de esta última. Por supuesto, Esther intuía que el relato oficial pecaba de simplista. No obstante, le encantaba el vídeo, porque mostraba hasta qué extremos podía llegar la mente colonial de la gente blanca. ¡Quejarse por el precio del té, en medio del monte en Nepal!

—¡Tienes dinero para ir a Nepal y te parece caro el té! ¿En serio?

También se acordó del drama de los mochileros occidentales que se van al culo del mundo y luego piden dinero en la calle para poder proseguir su viaje. Ya existe hasta un sustantivo para nombrarlos y afianzarlos en su existencia, pura ontología: *beg-packers*². En medio de Manila vas y tienes los huevos o los ovarios de pedirles dinero a los locales para seguir tu mierda de aventura. ¡Olé!

O del gremio de los alpinistas y *runners*, que de vez en cuando, se sorprenden de que un nativo gane una competición diseñada por occidentales³...

Esther había reconocido los mismos gestos coloniales en la carta de Alba y por eso le mandó el vídeo del conflicto en Nepal, el de la señora que se quejaba por el precio del té.

Aunque sabía que aquello acarrearía una discusión encarnizada.

1 El vídeo sigue disponible en plataformas como YouTube. Basta con introducir palabras clave como: *Nepal, tea, British, tourist*.

2 Para saber más:: Bermejo, Diego. 2017. “Beg-Packers, turistas blancos que mendigan en países empobrecidos.” *Público*, 24 de julio de 2017. <https://www.elmundo.es/f5/comparte/2017/07/24/597202fc22601d62688b458f.html>

3 Para saber más: Carreras por montaña. 2017. “Suman Kulung, el nepalí que venció al campeón del mundo con unas zapatillas falsas.” *Carreras por montaña*, 17 de noviembre de 2017. <https://www.carreraspormontana.com/noticias/suman-kulung-el-nepali-que-vencio-al-campeon-del-mundo-con-unas-zapatillas-falsas/>

...Un mundo que parece ajeno, una pura exterioridad que está ahí afuera y que una se puede meter en el bolsillo durante un rato.

El mundo como escenografía, como puro envoltorio del cuerpo, enmarcando una vida que camina sonriente, atmosferizada por una banda sonora románticonamente posmoderna: tabaco de liar, bicicletas urbanas, barberías y tiendas de especias a granel. Retrovintage...

Qué mierda me has mandado?

Qué quieres decir con ese vídeo? 17:42

Joder, ya sabía que te ibas a rayar... 18:00

? 18:01

Quieres que quedemos esta tarde? 18:34

Pues no me renta mucho, pero vale 19:05

A las cinco en el Retiro donde siempre? 19:05

Ok, pero mejor en mi casa 23:30

Va 00:04

Esther llegó a casa de Alba a la hora acordada. La tensión era palpable y la incomodidad se metía entre los recovecos de la anatomía de las dos. Ambas se sentaron en el sofá, situando sus cuerpos lo más discretamente posible. Se diría que querían desaparecer, pero la maldición de la realidad obliga a las personas a estar siempre en un lugar. Esa mierda de necesidad de estar siempre en algún sitio. La imposibilidad de desaparecer de cualquier posición en algún momento.

La maldición de tener que estar en ese preciso espacio ahora mismo.

—A ver, Alba. Es que tu carta supuraba racismo... Habéis ido tu madre y tú como dos blanquitas salvavidas a Sáhara Occidental...

—Vale, o sea, eso no te lo niego, pero, ¿esas son formas de hacérmelo saber? ¿Mandarme un vídeo por redes? ¿En serio? ¿No me lo podías decir a la cara?

—Bueno, en ese momento estaba muy cabreada y la verdad es que no pensé mucho en las formas. Pero, aquí estoy, para que discutamos un poco.

—Es que no lo entiendes...

—Joder, Alba, igual la que no lo entiendes eres tú: que hay que autocriticarse también un poquito, digo yo.

María y Silvia aparecieron en escena.

—Hola, señorita Alba...

—¡Que no la llames *señorita*!

—¡Que no me llames *señorita*!

María y Alba gritaron al unísono rabiosamente.

—Ey, ¿os podéis relajar? —preguntó Esther.

—He traído hoy a mi hijita, María —informó Silvia mirando a Alba—, porque queríamos hablar las dos con la madre de usted, con doña Marta.

Cada vez que María escuchaba pronunciar a su madre las palabras *doña* o *señorita*, se le revolvían las tripas.

—Pues mi madre no está... —contestó Alba de malos modos. Esther tenía los ojos inyectados en sangre. Odiaba el modo en el que se enfadaba Alba.

—Bueno, pues me voy a hacer las tareas de la casa y a ver cómo está doña Asunción y si llega Marta, hablamos con ella. María, ¿te quedas con las señoritas Alba y Esther?

—Vale.

Las tres se quedaron con cara de bobas.

—Te llamabas... —Esther rompió el hielo de la peor de las maneras posibles.

—María, me llamo María. Vuestros nombres ya me los sé.

E, inexplicablemente, como sucede en los momentos más absurdos de la vida, esos momentos que merecen la pena porque era imposible predecirlos y porque son tremadamente improbables, las tres jóvenes se hicieron amigas y programaron un viaje relámpago a Portugal. Porque sí, porque eran jóvenes y la vida les quedaba toda por delante y porque, si no, para qué vivir y porque... Bueno, porque de repente, sentían que algo había ocurrido en el espacio entre las tres. No intente el lector o lectora buscarle los tres pies al gato a este giro inesperado de la trama. Las cosas a veces vienen dadas así, y hay que aguantarse. A veces, inicias el viaje con la que, en inicio, fue tu enemiga.

PAISAJE # 8

Sueños de María

Ahorra dinero para ayudar a mamá

PAISAJE #9

Libros leídos por Esther

El Apoyo Mutuo, de Bakunin

Calibán y la Bruja, de Silvia Federici

Los Condenados de la Tierra, de Frantz Fanon

Marta echó a Silvia.

¿Qué era eso de pedir un aumento de sueldo?

¿Qué se habrá creído?

Marta se sentía liberada por el ahorro de dinero que la ausencia de Silvia suponía, y agobiada por el extra de trabajo en casa al que tendría que hacer frente.

Silvia se sentía agobiada por el dinero que ya no recibiría y liberada por el tiempo que no desperdiciaría trabajando: poniendo la vida a trabajar. Era una alegría contradictoria, una libertad a medias.

Asunción le daba un poco de pena, pero ya está, tampoco era un drama.

Lo superaría.

Quizás.

Le quedaban muchas otras clientas.

Y ahora resulta que María se había hecho íntima amiga de las señoritas Alba y Esther.

Ironías de la vida.

Perdón, nada de señoritas: Alba y Esther, a secas.

María tenía razón, nada de servilismos, nada de *doñas* nunca más.

La noche caía sobre la estación de Chamartín. María, Alba y Esther se subieron al vagón a eso de diez menos veinticinco de la noche. El tren las dejaría en Coimbra sobre las cinco menos cuarto de la mañana. Y desde la estación de ferrocarril de Coimbra B, tendrían que caminar soñolientas y con las maletas a cuestas hasta la casa del padre de Alba.

La alegría les invadía el cuerpo y colonizaba su ser.

¿Dormirían durante el trayecto?

Poco probable.

El insomnio provocado por el entusiasmo fue inevitable.

—No nos has contado nada sobre tu padre, Alba... —apuntó María una vez que el tren se hubo puesto en marcha.

—Su familia es de Nelas, pero se mudaron a Coimbra cuando mi padre era pequeño. Mi madre y mi padre se conocieron en unas vacaciones. Mi padre fue a visitar Madrid y creo que en una fiesta se ligaron la una al otro. Luego se separaron y mi padre volvió a trabajar a Portugal. Encontró un empleo en Lisboa. Vive en un piso alquilado allí, pero como tiene un apartamento en Coimbra... Bueno, por eso le pedí que si podíamos ir a pasar unos días. Y no le ha parecido mal. Eso sí, le he dicho que venía con dos *amigas*.

—¿Es que somos algo más que *eso*? —preguntó Esther para provocar.

Amigas que se comen el coño.

Las tres se echaron a reír.

PAISAJE #10

Silvia va a casa de **doña** Rosario

Villaverde Bajo – Cruce

Ciudad de los Ángeles

San Fermín – Orcasur

Hospital 12 de Octubre

Almendrales

Legazpi

Delicias

Palos de la Frontera

Embajadores

Lavapiés

Sol

TRASBORDO

Ópera

Santo Domingo

Noviciado

San Bernardo

Canal

TRASBORDO

Islas Filipinas

Alba se había tirado horas delante del ordenador intentando encontrar alguna guía de escalada en Portugal. Y, a pesar de que había dado con algunas publicaciones, parecía imposible hallar ninguna de ellas en la ciudad de Coimbra. Todo estaba centralizado en Lisboa. Todo ocurría en Lisboa. Lisboa era el ombligo de aquel país, la despensa nacional, el agujero negro que lo absorbía todo. Ahora entendía por qué su padre no había tenido más remedio que mudarse. Al fin, halló un título que le llamó la atención en el catálogo de una librería que se encontraba en un centro comercial de las afueras de Coimbra.

—¡Eh, chicas! Mirad lo que he encontrado...

—¿El qué? —dijeron al unísono Esther y María, que estaban ovilladas y amodorraditas la una sobre la otra en el sofá del salón. Era la hora de la siesta.

—¡Es una guía de escalada en la Serra da Estrela! —anunció Alba con entusiasmo— Lo malo es que tenemos que ir hasta el centro comercial... No está muy lejos. Tampoco cerca. Pero no tenemos coche, así que hay que ir a pata.

—Bufff —soltó Esther.

Pero María ya se había quitado el letargo pegajoso de encima.

—Venga, Esther... —Alba ponía cara de víctima.

—Vaaaaale.

Las tres mujeres se pusieron en camino. Llegaron al puente sobre el río Mondego, caminaron al lado del Estadio Universitario de la Universidad de Coimbra y avanzaron hasta un cruce de carreteras y puentes. El lugar comenzaba a ser inhóspito. Un perro desorientado no dejaba de cruzar la carretera de un lado al otro peligrosa y compulsivamente. La maleza se mezclaba con las bolsas de plástico. Había niebla. Ni Alba ni María ni Esther hablaban. Una botella de cerveza vacía, carteles gigantes anunciando hamburguesas. Una gasolinera. Aquel era un lugar de nadie. No era ni un lugar, ni un no-lugar. Solamente algo impronunciable. La linde entre campo y ciudad. Ni lo uno, ni lo otro. Las aceras aparecían y desaparecían. Nadie llegaba caminando hasta allí. Solo ellas. El engendro industrial y de ocio de la urbe engullía sus pasos. Y, de pronto, el mastodóntico centro comercial y su luminosidad: marcas, luces, exceso de perfume y de estímulos.

Entraron en el complejo arquitectónico sintiéndose muy pequeñitas y se desorrientaron rápidamente. Ya no sabían si habían subido dos pisos o tres. Las escaleras mecánicas dibujaban una estructura de intersecciones imposibles. Los carteles informativos solo señalaban la dirección hacia la que dirigirse para usar los ascensores, los servicios —WC— o los cajeros automáticos. Desplazarse de una tienda a otra, cagar y sacar dinero son las tareas de supervivencia en un centro comercial, por

lo visto. ¡Qué diferencia con respecto a lo que es importante en campo, en el monte! Aunque, bueno, en lo del protagonismo que se le otorga al acto de cagar, ambos contextos coinciden.

Al final, y después de recorrer varias veces los mismos pasillos, encontraron la tienda.

—Não temos o livro na loja, desculpe.

—¿Qué dice? —preguntó María.

—Que no tienen el jodido libro —tradujo Alba con resignación—. Muito obrigada —sonrió a la dependienta artificialmente, y las tres salieron de nuevo al torbellino de gente que iba de acá para allá.

El camino de regreso era cuesta abajo: de nuevo el escenario ecléctico fruto de la hibridación entre naturaleza e irresponsabilidad humana. Atravesaron aquel lugar sin nombre y llegaron a casa deshechas. María encendió la televisión. Un avance informativo les devolvía la imagen de un país en llamas. No era un fuego metafórico, sino real. La masa forestal del país era devorada por los más de cien incendios declarados en el territorio⁴.

—Ya decía yo que olía a quemado —Esther se asomó por la ventana.

—O sea, que eso que veíamos no eran nubes y niebla. Era... —dedujo María.

—Humo —sentenció Alba.

—No sé vosotras, pero yo ya no tengo ganas de ir a escalar. Solo tengo ganas de destruir al género humano a base de hostias —Esther y sus ataques de violencia verbal se iban acrecentando poco a poco. Se intensificaban como el calor sofocante de una hoguera.

Se quedaron viendo las noticias. Alba y María estaban sentadas en el sofá. Esther daba vueltas por el salón, como aquel perro que cruzaba y descruzaba la carretera una y mil veces cerca del centro comercial.

El sol se volvía una esfera incandescente y nítida cuando se la observaba a través del humo y devolvía una luz rojiza y apocalíptica que se proyectaba sobre un mundo-secarral. Aquel otoño de calor asfixiante traía olor a muerto.

El pronóstico del tiempo anunciaba lluvias.

—Sí, que llueva! —Alba se descubrió a sí misma lanzando el deseo al aire mientras se balanceaba y entrelazaba una mano con la otra, como rezando.

Llegó la noche, y el sonido de un helicóptero sobrevolando la ciudad acunó los sueños de las tres amigas.

Portugal no ardía, lo quemaban.

⁴ Durante el otoño de 2017, Portugal sufrió una oleada de incendios brutal.

20

Están bien las tres: Alba, Esther y usted? 22: 37

Sí, estamos bien. Mañana te llamo

y te lo cuento todo, que ya me

he ido a la cama 22:40

21

Alba, cariño, estáis bien? He visto
que se está quemando la zona de Coimbra 22: 37

Sí, mamá. Te llamo mañana.

Estaba medio dormida ya 22: 40

Vale, tesoro 22: 41

Esther silenció su teléfono móvil para que no le hiciera eco en la nostalgia la falta de notificaciones y mensajes. Para no tener que oír el silencio.

La mirada se le perdió en el techo de la habitación.

María y Alba dormían placenteramente, una a su izquierda y la otra, a su derecha.

El día siguiente amaneció lleno de ceniza y humo, pero sin fuego. Parte de los incendios próximos a Coimbra habían sido sofocados y los demás estaban más o menos controlados.

No tenía sentido alargar aquel viaje más.

Había salido mal. Era un fracaso y había que asumirlo. No habían logrado ir al campo ni escalar ni nada parecido.

Y estaban un poco tristes

—¿Nos volvemos? —preguntó Esther.

Y las tres hicieron las mochilas y se las echaron a la espalda.

Tardaron unas dos horas en que un coche las aceptara a bordo.

El autostop es siempre una rifa.

...Un mundo que no se pega al cuerpo, ni lo traviesa, ni lo agita. Un cuerpo que no se moja, ni se enferma, ni se vive encima. Un cuerpo íntimo y privado, que pretende guardar sus secretos en el fondo de una identidad exotizada.

Del cuerpo, para adentro; y del mundo, para afuera. Una dicotomización de la existencia para evitar todo contacto, todo encuentro...

PAISAJE #11

Lista de la compra de Marta

Un pack de actimels

Una botella de fairy

Una bolsa de doritos

Una caja de valium

El conductor del coche se llamaba João y era un trotamundos de esos de furgoneta y mapas de carretera viejos, greñas y camisa de flores abierta hasta el pecho. Siempre sonriente y un poco caótico. Y escuchaba a todo trapo a Stravinski en un radio-cassette vetusto, algo que se salía un poco del cliché que parecía encarnar. No hablaba demasiado de él mismo, pero no paraba de hacer preguntas en una mezcla de portugués y castellano:

—¿De donde son vocês?

—Somos de Madrid —informó Esther.

—Sí, aunque yo nací en Bolivia —agregó María.

—¿Y ficaram aquí por mucho tempo?

—Nah: una semana o algo menos. Es que íbamos a escalar, pero al final no ha podido ser. Teníamos muchos planes en mente... —Alba no sabía hasta qué punto era razonable contarle todos los detalles del viaje a aquel hombre. Pero no tenía miedo: ellas eran tres. Si aquel tío intentaba hacer algo *raro*, se las tendría que ver con tres cuerpos enfurecidos.

—¡Ah, eu también escalo! ¿Gostam do Adam Ondra? Ele é o meu heroe —João bajó el volumen de Stravinski y empezó a prestar más atención a la conversación—. A semana pasada encadenó, ¿se dice así? ¿Encadenó..? Encadenó uma via en Israel...

—Israel no existe... —sentenció Esther automáticamente.

João se quedó un poco cortado.

—A ver, no se debe mezclar deporte y política. Un deportista es un deportista y nada más —Alba intentaba quitarle hierro al asunto.

—Cuando la política atenta contra derechos humanos básicos, nada debería quedar al margen—. Esther no iba a darse por vencida solo por el hecho de tener que guardar las formas frente a João—. *Un deportista es un deportista y nada más...* ¿Acaso no es una persona? ¿Acaso no tiene moral? ¿Acaso no hace elecciones según su ética en el día a día? ¡Que es una persona, no un robot!

—Ondra dice que él toma una postura neutral... —la posición de Alba no hacía más que encender la mecha con más intensidad.

5 Algunos de los diálogos de este capítulo han sido elaborados a partir de retales: comentarios de noticias, opiniones de otras montañeras y colegas, textos que me he ido encontrando por azar en blogs y que tratan temas de rabiosa actualidad. Las dos fuentes principales son: Desnivel. 2017. “Adam Ondra defiende la escalada en Israel con ‘Climb free’ primer 9a del país.” *Desnivel*, 5 de diciembre de 2017. <https://www.desnivel.com/escalada-roca/adam-ondra-defiende-la-escalada-en-israel-con-climb-free-primer-9a-del-pais/> y Desnivel. 2017. “El hallazgo de unos grabados paleolíticos pone en riesgo la escalada en Santa Linya.” *Desnivel*, 11 de octubre de 2017. <https://www.desnivel.com/escalada-roca/accesos/el-hallazgo-de-unos-grabados-paleoliticos-pone-en-riesgo-la-escalada-en-santa-linya/>

João y María, que viajaba en el asiento del copiloto en la parte delantera de la furgó, se miraron un instante como para acompañarse en ese momento de tensión.

–Ir a escalar a Israel es normalizar Israel, y normalizar Israel es legitimar su violencia. Adam Ondra no es *cualquier persona*, es una figura con gran repercusión pública y, evidentemente, es consciente de lo que su presencia en cualquier lugar genera. Lo que se pide no es neutralidad, sino responsabilidad. En un conflicto tan descompensado como el Israelo-Palestino, no tomar partido es tomar partido del lado de Israel.

–Bueno –intentó terciar María–, que estamos hablando de escalada simplemente...

–No, no es solo escalada. La escalada conlleva una reflexión sobre el impacto que generamos en el entorno y hay que pensar el modo en el que habitamos los espacios. Es como cuando la peña se encabronó porque no sé dónde se habían encontrado unas pinturas rupestres y había una serie de vías que ya no se podían escalar. Y todo el mundo llevándose las manos a la cabeza... Pero mira que llega a ser egoísta la comunidad escaladora... Me avergüenzo a veces de ser escaladora.

–Ojalá haya suerte, impere la lógica y finalmente puedan ser compatibles las dos cosas, ¿no? En lugar de que haya tanta prohibición –dijo Alba, Y María y João asintieron en muestra de acuerdo con aquel argumento.

–Joder, igual es que no sois conscientes de que la conservación de las pinturas es incompatible con la escalada... Al menos hasta que los arqueólogos *digan por aquí, sí; por aquí, no*.

–Es muy importante saber de dónde venimos, pero también muy importante es saber hacia dónde vamos –María por fin se metió en el ajo del debate–, entender que hay que conservar los bienes del pasado, ¡pero también respetar los futuros! ¡Ya que la vida cambia y evoluciona! La cueva fue muy importante para nuestros antepasados, y fue muy útil para ellos, pero lo bonito es que esa cueva siga siendo útil. Y ahora mismo lo es para muchas personas, que incluso hacen miles de kilómetros para disfrutarla. Deberíamos saber convivir ambos colectivos. ¿Tú cuál crees que es la mejor solución?

La última pregunta iba dirigida a João, que hacía tiempo que no participaba en la conversación. María quería que, ante todo, se mantuviese un ambiente amistoso.

–Eu acho... –empezó a explicar el joven, pero Esther lo interrumpió.

–Es que esto me recuerda a lo del Plan Rector ese, el dichoso PRUG de la Sierra de Guadarrama y el debate entre prohibición o regulación dinámica. Venga, ¿tanto nos cuesta asumir que no podemos escalar en ciertos lugares? Hostias, que hay miles de vías por ahí para escalar...

–Esther, João iba a decir algo –sentenció Alba.

Y Esther se calló. Pero João, en lugar de seguir hablando, simplemente subió el volumen de la música. Y Stravinski lo pobló todo mientras atravesaban el paisaje.

Hicieron una parada a medio día en una gasolinera destortalada, con los colores de las paredes y los carteles desconchados y desvaídos respectivamente. Compraron bocadillos y una botella de agua y se sentaron en el suelo del parking de camiones. No había ni un alma.

—¿E vocês están a estudar ou a trabalhar? —João volvió a su interrogatorio alegre en cuanto tuvo el estómago lleno.

—Yo estoy terminando un máster y buscando trabajo a la vez —respondió Alba.

—Yo, con trabajos esporádicos e intentando exponer mi trabajo en alguna galería de arte —explicó Esther.

—Yo... —María no sabía mentir. Sabía ocultar información, pero no mentir —trabajo esporádicamente también.

—¿Ah, sí? —Esther estaba sorprendida —, pues no nos lo habías contado nunca.

—Bueno, tampoco hace tanto tiempo que somos amigas...

—¿Y en qué tabajas? —preguntó Alba.

—Pues en cosas relacionadas con lo mío, ya sabéis, cosas de hacer vídeos y eso. Movidas de audiovisuales.

—¡Ay, enséñanos algún trabajo tuyo! ¿Tienes algo colgado en YouTube? —Esther desplegaba siempre una energía que era difícilmente gestionable por parte del grupo. Que se desbordaba. Ya tenía el móvil en la mano dispuesta a meter las palabras clave en el buscador para disfrutar del espectáculo.

—No, es que me da vergüenza...

—¡Anda, no seas tonta, si seguro que son vídeos geniales!

Esther, cállate por favor; los pensamientos de María casi conseguían hacer eco.

—¿Quieres ver uno de mis vídeos? ¿Quieres? —en un rapto de valentía, María se atrevió a mostrárselos la verdad a Esther, aunque solo fuera para que cerrara la boca.

—*No quieres caldo? Pues toma dos tazas.*

María buscó en el móvil de Esther uno de sus vídeos y se lo mostró. João y Alba también se asomaron a la pantalla. Lo tres se quedaron hipnotizados por las imágenes.

—Pero esto es... —empezó a articular Alba.

—¡Porno! —Esther estaba incluso más contenta que antes— ¡Buah, tía, esto es brutal! Me encanta...

Parecía imposible neutralizarla.

João no se atrevía a volver a mirar a María a los ojos.

—¿Y lo sabe tu madre? —se interesó Alba.

—Obviamente, no. Aunque a veces he pensado en contárselo. Somos dos precarias: yo haciendo porno casero para sacarme unos euros y ayudar en casa, y ella limpiando otras casas y cuidando a las viejas que nadie quiere cuidar para ganarse el pan. Estamos jodidas. Aunque a mí, al menos, me gusta mi trabajo.

—¿A tu madre no le gusta el suyo? —Alba se sentía culpable: Silvia, la madre de María, había estado trabajando en su casa durante cuatro años, cuidando de su abuela, Asunción.

—Pues no. Y, además, siempre tiene que desplegar ese protocolo servilista. Me parece una mierda eso de que tenga que cuidar de las personas de las que nadie se quiere hacer responsable.

Alba se sintió interpelada, pero no tenía argumentos en contra de lo que estaba diciendo María. En realidad, ella pasaba muy poco tiempo con Asunción, eso era verdad. ¡Joder, qué malestar!

Se creó un silencio demasiado largo e incómodo.

—¿E qual é vuestro próximo proyecto? —menos mal que João había perfeccionado ese arte de hacer preguntas en los momentos oportunos.

—Pues, la verdad es que no lo sabemos... —por fin Esther estaba un poco desorientada.

—Dinos un sitio que te guste, João, y será nuestro próximo destino.

—Eu gosto muito de Galayos.

—¿Habéis escuchado, compas? —preguntó Alba con entusiasmo— ¡Galayos!

—Qué bien, ir al campo de verdad... —dijo Esther.

—Pero si tú en realidad no sabes nada del campo, tienes una idea idílica de lo que es el campo, pero porque eres una urbanita libertaria con deseos neo-rurales, pero no sabes nada... —Esther estaba recibiendo un baño de humildad—, aquí las únicas que sabemos del campo somos Alba, que tiene el pueblo en Asturias, y yo, que me he pateado el monte en Bolivia.

—Pues... tienes toda la razón —lo bueno de Esther es que no se enfurruñaba cuando consideraba que algún comentario había tocado un pilar importante de su existencia—, qué mierda de postureo había estado practicando yo, ¿no? ¿Sabéis que he estado pensando en irme a Nepal?

La conversación se portergó más allá de la sobremesa.

PAISAJE #12

Libros leídos por Esther

El Anti-Edipo, de Deleuze y Guattari

Los blancos, los judíos y nosotros. Hacia una política del amor revolucionario, de Houria

Bouteldja

Llegaron a Madrid de madrugada. João se perdió en la carretera de nuevo, Esther y María se fueron a dormir juntas a casa de la primera y Alba puso rumbo al barrio, a Chueca, donde vivía. Le seguía rondando por las carnes la culpabilidad con respecto a la relación que había estado estableciendo con su abuela. Todo lo que le había dicho María, eso de que cada vez las mujeres racializadas se encargaban más de cuidar a las personas dependientes de las que nadie más se quería responsabilizar. Tomó la decisión de pasar más tiempo con Asunción y así descargar, de paso, de una preocupación a Marta, su madre.

Llegó a casa y se dirigió a su cuarto.

Se derrumbó en la cama.

Se despertó sobresaltada a la mañana siguiente. Sentía urgencia por estar con su abuela Asunción, por contarle cosas. Contarle el viaje a Sáhara Occidental. Ya hacía unos cuantos meses que habían regresado Marta y ella y todavía no había encontrado el momento de relatarle la historia con todos sus detalles. Por otro lado, también le asaltaba la culpa del relato colonial. Esther le había dicho que su forma de viajar era la de una blanquita europea. Y era verdad. Cuántas cosas que revisarse, cuántas cosas de las que ponerse a dudar. Ponerse en jaque.

—Hola abuela, ¿qué tal estás?

Asunción estaba sentada en el sillón del salón. Alba se sentó a su lado y empezó a hablar:

—Llegamos a Tinduf y todo era un desastre. Un aeropuerto destortalado y pequeñajo. Nos llevaron en todoterreno hasta los campamentos de refugiados. Un viaje insufrible de caminos de cabras, con piedras y polvo por doquier. Los campamentos eran verdaderos laberintos sin orden ni estructura...

Cuando Alba terminó el relato, se dio cuenta de que la retórica que había empleado no la convencía.

Por eso, decidió que aprovecharía las lagunas de memoria que padecía Asunción para afinar cada tarde un poco más en el relato. Cada tarde volvería a contarle a su abuela el viaje, matizando un poco más, deconstruyéndose un poco más, esfrozándose un poco más. Como una Sherezade militante con sus mil y un relatos durante sus mil y una noches. Ambas, nieta y abuela, entretejerían su relación sobre la base de un ejercicio de cuentacuentos politizado. Una lucha que se libraba en dos frentes: en el de la memoria y en el de la decolonialidad.

—Llegamos a Tinduf y todo era nuevo. Un aeropuerto humilde. Nos llevaron en todoterreno hasta los campamentos de refugiados y refugiadas. Un viaje incómodo de caminos abruptos, con piedras y polvo por doquier. Los campamentos eran verdaderos laberintos por los que nos perdíamos...

—Llegamos a Tinduf y todo era nuevo para nosotras. Un aeropuerto mucho más pequeño que el de Barajas. Nos llevaron en todoterreno hasta los campamentos de refugiados y refugiadas. Un viaje que nos pareció incómodo, pues no estábamos acostumbradas a rodar por ese tipo de terreno: caminos abruptos, con piedras y polvo por doquier. Los campamentos eran un tanto laberínticos y no hacíamos más que desorientarnos debido a nuestra escasa familiaridad con el entorno...

—Llegamos a Tinduf y todo nos resultaba nuevo. Un aeropuerto mucho más pequeño que el de Barajas y también menos suntuoso. Nos llevaron en todoterreno hasta los campamentos de refugiados y refugiadas, un servicio no disponible para todo el mundo y que nos hizo darnos cuenta de la burbuja de privilegios en la que vivíamos. El viaje nos pareció incómodo, pues no estábamos acostumbradas a rodar por ese tipo de terreno: caminos abruptos, con piedras y polvo por doquier. Los campamentos eran un tanto laberínticos desde nuestro punto de vista y no hacíamos más que desorientarnos debido a nuestra escasa familiaridad con el entorno...

...Una montaña es solo su cumbre: el trofeo anula el mundo a golpe de metonimia –¡la parte por el todo!–. Y ese todo infinito y abierto, ese todo que no se sabe y que en el hacerse se va constituyendo, se pudre a la sombra del monumento que lo agota y lo encierra en la interpretación sagrada. No nos importa la montaña, solo su parte más pequeña: la cima, la punta de la pirámide que roza un cielo idealizado.

¡Pasan tantas cosas todo el rato en cualquier sitio..!

PAISAJE #13

Alba manda su CV

a ALTRAN

a AERTEC Solutions

a ISASTUR

PAISAJE #14

Libros leídos por Esther

La Insurrección que viene, de Tiqqun

Ahora, de Comité Invisible

PAISAJE #15

Sueños de María

Ahorra dinero para ayudar a mamá

PAISAJE #16

Alba manda su CV

a TRYO Aerospace Flight Segment

30

Esther!!!!!! He conseguido

curro por fin! 20:30

En serio? Yuju! 21:17

Empiezo en un mes, podemos quedar

mañana y te lo cuento? 21:32

Vale! 22:03

Voy a avisar a María también 22:05

Las tres jóvenes se vieron en el Retiro, como ya venía siendo costumbre. Era una tarde nublada y bochornosa, de las que parece que están envueltas al vacío. Una tarde hermética.

—Pues yo también tengo algo que contaros —anunció María.

—Y yo también —añadió Esther.

—Hostias, pues va a ser una tarde movidita, entonces. ¿Quién empieza? ¿Me dejáis que empiece yo, que para eso nos he convocado?

—¡Vale! —respondieron María y Esther al unísono.

—Pues ahí va: he conseguido trabajo en una empresa. El puesto va de temas de materiales para aviones. Ya sabéis... Mis movidas. La entrevista de trabajo fue surrealista, la verdad. ¿Sabéis lo que me pidieron? Me dijeron: *imagina que eres una actriz, que esto es un casting y que tienes que ganarte este papel para la película que estamos montando. Sedúcenos.*

—Bffffffffff —Esther ya se había llevado las manos a la cabeza.

—Jajajajajaja.... —María no podía dejar de reir —¿Y qué has hecho?

—Me he puesto a cantar la canción de Les Luthiers, la del *Teorema de Thales*:

"a paralela a b,

b paralela a c,

a paralela a b, paralela a c, paralela a d.

OP es a *PQ*

MN es a *NT*

OP es a *PQ* como *MN* es a *NT*"

—Buah, Alba, no me lo creo —Esther *realmente* no se lo podía creer—. ¿Y ha funcionado?

—Se han partido de la risa... —Alba se sentía aliviada de poder compartir con sus compañeras aquella experiencia—. Ha sido horrible, en serio. Pero bueno, al menos, tengo el trabajo. Empiezo el mes que viene. Lo malo es que es en Asturias, cerca de Gijón.

María y Esther suspiraron de alivio. No era el tipo de reacción que Alba se esperaba.

—¿No os da pena?

María y Esther se miraron.

—Es que... —comenzó Esther.

—Nosotras también nos vamos —terminó María.

—¿A dónde?

–Yo me vuelvo a Bolivia con mi madre.

–Yo me voy a Nepal y no sé cuándo volveré.

Alba se quedó callada. Así que las tres iban a seguir sus propios caminos...

–¿Y cuándo os vais?

–Yo me voy a finales de esta semana –informó Esther.

–Madre mía, eso es *ya*, ¿y cuándo pensabas contármelo?

–A María se lo dije ayer, que la vi un momento a la hora de comer. Y como me escribiste tú anoche, pensé que ya podía aprovechar para contártelo hoy. Lo tengo todo planeado desde hace bastante, pero ya sabéis que no me gusta mucho esto de las despedidas, así que prefería contársoslo lo más tarde posible.

–¿Y tú no eras anti viajes largos, y anti exotismos y anti todo eso? –preguntó con ironía Alba.

–Y lo soy. Esto es una contradicción entre otras muchas que me atraviesan. La verdad es que aquel vídeo que te mandé, el de la tía que se encabrona con dos turistas que se quejan del precio del té, me ha dado un montón que pensar. Quiero ver cómo está el panorama, quiero ver si es posible viajar de otro modo. Igual escribo algún diario, o algo.

–Y tú, María, ¿qué?

–Bueno, es que ya no podemos seguir mi madre y yo. Las cosas se están poniendo feas aquí y sobrevivir es cada vez más difícil. Y mi madre echa de menos a amigos y familia, así que nos vamos las dos. Te quería pedir una cosa, Alba.

–Dime.

–Mi madre quiere despedirse de tu abuela, pero no quiere ver a Marta, tu madre, porque como fue la que la despidió... No tiene muchas ganas de volver a encontrarse con ella.

–Tranqui, que apañamos la visita en un momento que mi madre esté fuera. Por cierto, a Asturias me voy con mi abuela, para que esté cerca del pueblo y del aire libre⁶.

6 A partir de aquí, la novela se precipita: no me gusta el cariz románticoide que suelen tener las despedidas, así que paso por ellas de puntillas. La lectora o lector, verá que estas últimas páginas ocurren rápidamente. De este modo, se pretende afirmar la potencia de la vida vivida –no de la representación de la vida– a través del relato. A ver si se acaba ya de una puñetera vez este libro y dejamos a los personajes que viven en paz, coño.

PAISAJE #17

Zapping de Asunción

La 1

Antena3

La Sexta

La 2

Telemadrid

Cuatro

María, mi madre se acaba
de ir a trabajar. Podéis venir a
a ver a mi abuela 8:30

Vale, en una hora estoy allí
con mi madre 8:34

32bis

—Señora Asunción... —Silvia se había quitado la manía de decir *señora* a todas horas, pero aquella era una ocasión especial. Era una despedida.

—Hola, hija, ¿tú quién eres?

—Soy Silvia, ¿no se cuerda?

—Silvia... Ah, sí —disimuló—, ven siéntate aquí —Asunción estaba viendo la televisión—. Cambia de canal cuando quieras. Ahora estaban diciendo algo de la duquesa de no sé dónde. La madre de esa duquesa fue clienta mía cuando yo daba masajes. Menuda casa tenía... ¿Tú en qué trabajas?

—Yo también ando de casa en casa, señora Asunción.

—Andá, ¿tú también eres masajista de ricachonas?

—Casi.

En el aeropuerto todos los viajes parecen asépticos, domesticados, programados.

Esther no quería mucha fanfarria ni demasiado drama.

—Lo único que os pido a las dos es que hagáis ese viaje a Galayos que teníamos apalabrado las tres, ¿os acordáis? Nos lo prometimos cuando volvimos de Portugal. Hacedlo aunque no esté yo. Y mandadme fotos.

Galayos tiene diosas que pueblan sus riscos: las cabras.

Alba y María habían vuelto al refugio Victory después de una jornada de escalada en la Aguja Negra. Y, mientras el grueso de escaladores que se agolpaban en la pequeña caseta hacían gala verbal de su gestas, las dos amigas solo podían recordar la soltura y el donaire de las cabras.

Las cabras, las cabras.

Dice Giorgio Agamben que ningún animal es torpe en el uso de sí mismo.

Las cabras son campo.

Alba y María nunca se despidieron.

Tras el viaje a Galayos, todo quedó como un eterno *hasta luego*.

La casa estaba extrañamente vacía.

La caja de *valium* se estaba pudriendo en la basura, junto a las mondadas de una naranja.

Alba no estaba.

Asunción, tampoco.

Solo Monte hacía algún ruido mientras jugueteaba con la pelota. Era sábado. Una mañana luminosa.

Marta cogió la correa del perro. Ambos cuerpos se fueron a pasar el día donde fuera, a caminar hasta que se terminaran las llanuras.

A deambular por mesetas.

PAISAJE #18

Cosas que le gustan a Monte

Correr

Saltar

Tumbarse

Revolcarse por el barro

Comer

Dormir

Rascarse

Jugar con un palo

Salir al campo

Vivir

*...Un mundo que está ahí, al alcance de la mano: un mundo que se hace mundo en el acto de
habitárselo.*

EPÍLOGO

Cartografía de las distancias:

Marta y Monte

Asunción y Alba

Esther

María y Silvia

Yo

APÉNDICE

Según escribía ese libro y entretejía los fragmentos del relato como quien labora una almazuela, se iba hilando en mi cabeza otra posible urdimbre de las lanas. No era algo que pudiera controlar, era simplemente un suceso que tenía lugar en mi cabeza a medida que percutía las teclas del ordenador. Alba, Asunción, Esther, Monte, María y Silvia se difuminaban en el horizonte, uniendo el cielo con el mar y convirtiendo el acto de escribir en un proceso cada vez más desorientante.

Como ese texto paralelo no hacía más que palpitarme en las sienes, decidí incluirlo en el propio cuerpo de este libro como un apéndice. Contarlos, a través de estas líneas finales y colganderas, a partir de esta rebaba narrativa, otra historia que guarda semejanzas con la que acabáis de leer, pero que también tiene sus deslices diferenciadores. Un relato breve –casi un mero guión, una estructura– que dé cuenta de las posibilidades de la literatura. Y que también dé cuenta de lo frustrante que es que, a posteriori, se te ocurra una idea mejor que la que estás escribiendo en ese mismo momento. Puede que la pereza sea la razón de que no haya borrado todo lo anterior para ponerme a desarrollar la nueva trama. O puede que no. No lo sé. Os dejo con este relato que nunca será, con este casi-relato. Con este andamiaje. Con este espacio para lo posible:

Carlos es un joven con un contrato precario. No sabemos mucho sobre él. Solo que vive en casa de su abuela, Anastasia, quien padece de la memoria desde hace un tiempo. Carlos anda y desanda diariamente el mismo camino de casa a una oficina cualquiera, donde administra papelajos durante ocho horas, y ya. Regresa al hogar a eso de las cinco, y prepara la comida del día siguiente: un *tupper* para él y otro para su abuela. Anastasia siempre le pregunta por lo que ha hecho, y él repite siempre la misma historia. Y Anastasia no lo nota, porque para su memoria todos los días son *cada día*.

La misma historia.

La misma historia.

La misma...

Todos los días.

Carlos sí se da cuenta de lo idéntico de su vida. Para él es al revés: cada día es *todos los días*.

Menos los fines de semana, en los que no sabemos muy bien lo que ocurre, Carlos no nos lo cuenta. Tampoco nos interesa. Lo que nos llama la atención, en este caso, es la rutina.

Carlos está taaaaaan cansado de hacer y contar todos los días la misma historia, que empieza a fijarse en los pequeños detalles a pie de calle: en una colilla de cigarrillo manchada de carmín y tirada en el suelo, en los carteles de ferreterías que inundan las farolas que hay al lado de los pasos de cebra, en los camellos que pasan droga en el parque, y en las ofertas 3x2 en cuchillas de afeitar de

los supermercados. El relato de cada día se puebla de magia cutre: sujetadores de color *beige* expuestos en los escaparates de las mercerías de barrio, adolescentes pidiendo condones en las farmacias que están ligeramente alejadas de sus áreas de movimiento cotidianas –para que el vecindario no murmure–, y esas cosas.

Una cierta alegría comienza a inundar las vidas de Anastasia y Carlos. Una alegría que se manifiesta en el relato de cada tarde. Anastasia lo olvida todo y cada cuento es nuevo, Carlos se divierte produciendo duferencias en la asfixiante repetición.

Pero, una tarde, a Carlos le atropella una ambulancia de regreso a casa. ¡Para una vez que sucede algo!

Carlos es trasladado al hospital por otra ambulancia distinta de la que lo atropelló. Se le intuba. Está en la mierda.

¿Y Anastasia?

Se queda sola.

La comunidad de vecinos y vecinas del edificio decide celebrar una reunión extraordinaria para ver qué hacer con la anciana. Hay una *chica* ecuatoriana que va a casa de algunas de las personas de la comunidad a *ayudar* con la limpieza. Y es muy buena. Y muy maja, oye. Ay, pues podía pasarse por casa de Anastasia a ver qué tal está. Hasta que Carlos vuelva, por lo menos. Queda acordado por unanimidad y la *chica* ecuatoriana –que se llama Valeria– acude todos los días a ver cómo está Anastasia. El vecindario acuerda asumir los gastos hasta poder pasarle la factura a Carlos cuando regrese del coma. Es una solidaridad a medias.

Tras unas semanas, llega la noticia de que Carlos ha despertado y Valeria decide ir a verlo en el hospital. El muchacho está lúcido, pero el pronóstico es grave: tiene los días contados. A Valeria le ronda una idea en la cabeza. Ya lleva un tiempo encargándose de Anastasia y yendo a ver a Carlos al hospital. Ya hay afectos de por medio. Valeria no se corta y, un buen día, lo suelta:

–Carlos, a ti no te queda vida y a mí sí, pero yo soy *illegal*. ¿Qué te parece si suplanto tu identidad para poder vivir en tu cuerpo?

Y Carlos, que no le hace ascos a nada y que no vive de moralinas, accede. Le cuenta los pormenores de su vida a Valeria y le da la contraseña de la oficina on-line del banco y el PIN de la tarjeta del móvil. Ambos acuerdan el día de la eutanasia, el modo de deshacerse del cuerpo de Carlos –que ya será un don nadie para entonces– y todo queda resuelto. Valeria pasa a ser Carlos, un cuerpo trans-sexual-racializado.

Carlos-Valeria acude al trabajo cada mañana con legal monotonía, como cualquier otro currela blanco. Y Valeria sigue *ayudando* en la casa de algunos vecinos y vecinas cuando no tiene que disfrazarse de otredad. Carlos está muerto, pero nadie lo sospecha. Cada noche, Carlos-Valeria le

cuenta a Anastasia toda la verdad del asunto, y la anciana se escandaliza –pero también goza de la trepidante aventura cotidiana– y a los cinco minutos ya no se acuerda. El secreto se queda en casa aunque cada día se desvela.

A Anastasia también le llega la muerte, un día. Se muere de tiempo.

Carlos-Valeria hereda la casa y, para dejar de trabajar como *chacha* y esclava, decide aprovecharse de la posmodernidad y venderle a un museo toda la historia como si fuera una *performance* contemporánea que habla de racismo, xenofobia, clase obrera y memoria. Se forra y se hace famosa. Y se mete rayas los sábados de madrugada.

Y así termina el apéndice de este libro, que es mejor que el libro mismo.

Una farsa.

FIN